

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

<p>PRECIOS DE SUSCRICION Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas. Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas. Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.</p>	<p>LA REDACCION Y ADMINISTRACION: Triunfo, 4.—bajos. Se publica los Jueves</p>	<p>PUNTOS DE SUSCRICION. En Lérida, Administracion de El Buen Sentido, Mayor, 31, 2.º Madrid: Barquillo, 5. pral. int. -Alicante: S. Francisco, 23. dup. -Barcelona: Trafalgar, 55.—bajos.</p>
---	---	--

SUMARIO.

!Rafael!—El lujo.—La lluvia.—Una mujer varonil.—El día de Reyes.—Lo que yo quisiera ser, poesia.
 Comunicacion —Pensamientos.

¡RAFAEL!

¡Cuánto nos atrae la virtud! ¡cuánto nos gustan las almas generosas! Sentimos un placer inexplicable cuando tenemos la fortuna de hablar con una persona buena; y no nos basta sentirlo, tenemos necesidad de transmitirlo al papel; por esto escribimos hoy estas líneas para mantener mas vivo en nuestra mente el recuerdo de Rafael.

¿Sabeis quién es Rafael? Es un hombre joven aun, de rostro pálido, de mirada triste, de frente pensadora coronada de negros y abundantes cabellos, de voz dulce y apagada; desde el momento que le vimos, dijimos:—este hombre sabe sentir, y afortunadamente no nos engañamos.

Hablábamos con un amigo suyo de las contrariedades que se sufren en la vida y uno y otro nos quejábamos de los múltiples desengaños que habíamos recibido. Rafael nos escuchaba en silencio, y al fin con cierta timidez se atrevió á tomar parte en la conversacion diciendo:

—Me llama la atencion una cosa.

—¿Cuál? le dijimos.

—Que V. y Ramon y otros muchos, se quejan amargamente de los séres que les han hecho padecer en este mundo, y cuentan mil historias á cual mas lastimosas, y yo no sé porqué, no he conocido á nadie que cumpliera mal conmigo. Puedo decir que ni una sola persona me ha dado el mas leve disgusto.

—Ciertamente que es muy raro, replicamos, y hasta nos cuesta trabajo creerlo; que en este misero suelo, el que no cae, resbala.

—Pues yo le puedo jurar que mi vida es una escepcion de la regla.

—Y nos quiere V decir, cómo se las compone para vivir?

—Del modo mas sencillo. De muy joven, casi niño, quedé sin padre ni madre, con una hermana que quedó á mi cuidado. Trabajé para ella, y para mi en mi oficio de tejedor hasta que pude casarla con un hombre de bien y entonces, se cambiaron los papeles; ella me sirvió de madre, ya que yo le habia servido de padre, y seguí viviendo con ella pagando mi manutencion y recibiendo sus solícitos cuidados.

Siempre he tenido una aspiracion, una sola: ser libre! independiente! mi sueño dorado era trabajar por mi cuenta y me dije: ¿Qué debo hacer para conseguir mi deseo? trabajar, duplicar el trabajo, y crearme un pequeño capital. El pobre todo lo ha de sacar de sí mismo, porque el obrero no tiene crédito; pues Señor donde no hay nada, es donde se necesita formar algo; y me puse á trabajar sin descanso, consiguiendo al cabo de algun tiempo reunir una pequeña cantidad. Entonces le dije al dueño de la fábrica donde yo trabajaba:—quiero ser libre, quiero vivir con independencia trabajando por mi cuenta, ¿me quereis decir qué debo hacer?

—Si hombre, con mucho gusto; y él me dirigió, y me guió en todo. Vino la

quinta y me tocó ser soldado, y sin violencia dejé mi trabajo, me despedí de mi casa y me fuí muy contento á luchar por la libertad de mi patria, pero mi suerte no quiso que yo matara á nadie: un oficial me eligió por su asistente, y todo el tiempo que permanecí en el servicio estuve con él; recorrí toda España y en las distintas casas que estuvimos alojados ó de huéspedes, casi todas las familias que conocí, fueron tan buenas para mí, tan afectuosas, tan complacientes y serviciales que al separarme de ellas tenia un gran sentimiento, y les decia:—Yo les prometo que cuando deje de ser soldado volveré á veros antes de regresar á mi país, y os haré una visita de gratitud.

—Que has de volver, me decian, si te faltará tiempo para irte á tu tierra.

—Ya vereis, les decia yo; y cuando me dieron la licencia me hice estas reflexiones:—Rafael, el que no es agradecido no es bien nacido; tu no debes volver á tu país sin haber cumplido antes con tu deber. ¿Qué soy yo en el mundo? un pobre y cuando era soldado ocupaba la posicion mas humilde, cual es la de asistente, y esas familias te han distinguido con su cariño, con su solicitud, con sus mas tiernos cuidados; pues en algo les has de demostrar tu agradecimiento. ¿De qué manera? Haciéndoles una visita y dejándoles un recuerdo; y entonces, hice arqueo de mis ahorros, mi hermana me envió algunos fondos que yo le habia dejado en depósito, y compré un cofre muy grande, y lo llené de pañuelos, de corbatas, de pulseras, de pendientes, de pipas, de boquillas, de juguetes, de medias, de tela blanca, de delantales, de algunos cortes de percal para vestidos, en fin, de todo lo que yo creí apropiado para dejarle á cada familia, y á cada individuo de ellas un recuerdo adecuado á sus gustos ó necesidades; y henchido de gozo mi corazon por haber podido realizar mi deseo, di la vuelta á España haciendo á todos mis patronés mi visita de gratitud, dejando á cada uno un débil testimonio de mi agradecimiento.

¡Cuánto gocé aquellos dias! ¡Me daba una alegría cuando algun niño me reconocia y gritaba ¡madre! ¡madre! salga V. que aquí está Rafael y se sentaba sobre mis rodillas, diciéndome:—¿Me traes alguna cosa? y al entregarle yo su juguete: ¡qué cara tan contenta ponía el niño!

Otros, viejos, me miraban con un gusto! cuando les entregaba una pipa, ó un paquete de tabaco de polvo!... Crea V. que aquellos dias no los olvidaré jamás. ¡Ví semblantes tan placenteros! ¡escuché palabras tan cariñosas! algunas ancianas me llamaron hijo!... y me decian con voz profética:... ¡Muchacho, tu serás feliz!

Crea V. que si bien hice un gran sacrificio, porque gasté cuanto tenia en mi viaje de gratitud, quedé ampliamente recompensado, porque fuí objeto de verdaderas demostraciones de cariño.

Cuando llegué á mi casa me dijo mi hermana:—Eres un loco, ¿y ahora qué harás sin dinero ninguno? un pobre no puede hacer esas cosas. ¿Y acaso yo soy pobre? dije tranquilamente:—No, eres muy rico, me dijo ella riéndose.—Tú lo has dicho, soy muy rico, porque tengo salud y quiero trabajar. El trabajo es la riqueza del pobre, y créeme, es un capital que nunca se acaba, es un padre que jamás abandona á sus hijos. Y volví á la fábrica, y le dije á mi antiguo dueño: ¿Me que-
reis dar trabajo? Me lo dió; hice de nuevo mis ahorros, y he vuelto á poner mi pequeña industria, y ahora voy á contraer matrimonio para crearme una familia, porque el hombre no debe vivir solo.

Lo que le ruego á Dios es que mi esposa comprenda mis ideas, que se una á mí con los lazos del alma, que juntos podamos elevar nuestra plegaria á Dios, no en los vetustos templos, sino admirando la naturaleza, asistiendo juntas á una buena sesion espírita, leyendo en un mismo libro que nos instruya en la ciencia. Este es mi deseo, un matrimonio del espíritu, no la union de los cuerpos; tanto es así, que si hubieran vivido mis padres, si hubiera tenido dos ancianitos á quien rodear de cuidados, quizá no hubiese pensado en el matrimonio terrenal.

Mi espíritu es muy amante de la contemplacion, y busca un sér amigo para pensar juntos, para sentir juntos, para admirar á Dios en sa inmensa obra, en la naturaleza. ¡Es tan hermosa la Creacion!... Y en la mirada de Rafael irradiaba algo puro, suave, delicado, verdaderamente espiritual.

Nosotros escuchamos atentamente su sencillo al par que interesante relato, y experimentamos una sensacion tan dulce, tan agradable, al oír la historia de su

poético agradecimiento, de su espresiva y tierna gratitud, admiramos tan de corazon la bondad de su alma, que llegamos á envidiar su virtud.

Es decir, nuestra envidia es noble, porque nos inspiran respetuosa consideracion esos espíritus tan grandes, tan dignos, que en medio de una atmósfera viciada conservan su pureza y su elevacion. Rafael ha sido uno de ellos; huérfano desde muy niño se consagró al sacerdocio del trabajo, y cuando le llamó su patria, corrió afanoso, y su alma ávida de cariño creó afecciones en cuantos puntos se detuvo, y no tuvo bastante con guardar un recuerdo en su mente de aquellos séres que le habian distinguido con su afecto; hizo mas aún, gastó todos sus ahorros para dejarle á cada uno una débil muestra de su gratitud, y este rasgo pone de manifiesto la sensibilidad de su alma, la ternura de su corazon, el amor inmenso que engrandece su espíritu.

En la humilde posicion que ocupa en la tierra Rafael, quizá pasará en el mundo completamente desapercibido; pero no lo ha pasado para nosotros. El dia que hablamos con él, nos sentimos agradabilísimamente sorprendidos.

La dulzura resonó en nuestra mente; la grandeza de sus ideas excitó nuestra admiracion, y cuando nos despedimos le vimos alejarse con vaga tristeza, y murmuramos con dulce melancolía:

¡Sé feliz alma generosa! ¡tú sabes querer! ¡tú no has aprendido á olvidar!

Tu espíritu rinde culto al sentimiento mas noble que puede engrandecer al hombre: ¡La gratitud! ¡la sublime gratitud!

Tú dices que nadie ha sido malo para tí. ¿Cómo habian de serlo? si tus mismas bondades te crean una atmósfera benéfica, bonancible! Si la luz que tu espíritu irradia alejará siempre las sombras de tí.

¡Qué hermoso sería vivir en la tierra si todos sus habitantes fueran como Rafael!

Dichosos los espíritus que en medio de las miserias de la vida saben querer; y no aprenden á olvidar.

Mucho nos alegramos de conocer á séres virtuosos, porque nos sirven de útil ejemplo, y para que no se borre su recuerdo de nuestra mente, dejamos escrito nuestro diálogo con Rafael, cuyo espíritu se puede presentar como un modelo de gratitud, en una sociedad tan descreida, entre una humanidad tan viciada y tan egoista. La humilde figura de Rafael destaca como un destello luminoso entro las nubes de la indiferencia, y las diversas brumas del olvido.

¡Felices de nosotros si algun dia somos tan buenos como Rafael!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.



EL LUJO.

¡A cuántas reflexiones se presta esa palabra tan corta!

La desgracia de familias que ayer vivian en la mas completa calma, el desnivelamiento de fortunas cimentadas al parecer sobre las más sólidas bases; estas y otras son las consecuencias que lamentamos cuando sentimos el insoportable peso del lujo, pero que nos disponemos á destruirlas matando la causa primordial.

Y si en el oleaje de la sociedad donde nos aturdimos fácilmente olvidándolo todo, son lamentables sus resultados, ¿cuánto mas no lo serán en el hogar doméstico, allí que es donde existe la realidad de la vida y donde las manchas de nuestra alma no pueden ocultarse porque se retratan en nuestro semblante, en esos momentos de abandono como la imágen en el cristal?

Honda pena experimentamos al contemplar el rostro bello de una mujer, en cuya límpida frente brilla la aureola de la inocencia, acompañada de una anciana cuyo porte demuestra su posicion humilde, y sin embargo el talle de la jóven está ceñido con un traje que por su valor desmiente la posicion de la dueña, y por su exquisita farma revela, no á la hija del trabajo á la cual falta tiempo para ver la moda, sino á la señora del gran tono que pasa las horas hojeando el figurin para escoger el traje mejor confeccionado, que generalmente es el mas costoso. Entonces acuden á nuestra mente variadas reflexiones ante aquellas galas, que con tanta satisfacciou luce la inexperta jóven y á

quien admira la muchedumbre, porque no vemos solo el presente, sino que fijándonos en el porvenir vemos... cuadros sombríos, negros como el dolor.

Si las familias reflexionaran sobre las consecuencias del lujo, es indudable que siempre tratarían de combatirlo. No nos cansaremos de lamentar los males que ocasiona y de estudiar la manera de extirpar sus perniciosas raíces del corazón de la mujer.

La que nace en dorada cuna y crece en la opulencia, acostumbrada desde niña á ese dulce no hacer nada, á pasar las horas de su vida siempre en fiestas y halagada, no la queda tiempo para dedicarse á nada útil. Así pasa su vida, y llega un día en que la fortuna le es adversa, en que toda su dicha desaparece como por encanto, quedando de improviso sin amigos porque los que tenía solo lo eran de sus riquezas; y lo que es peor, sin saber ganarse honradamente la subsistencia. No es de extrañar, que se vea mañana á la que ayer fué centro de todas las miradas, dar el primer paso en el camino del vicio y después caer, rodar de escalón en escalón hasta llegar al último peldaño de la escala social.

Y la mujer pobre, la que desde su infancia solo vé en derredor privaciones, no habiéndola enseñado á buscar otras emociones sino las que produce el lujo, hallándose privada de él, vé con envidia las galas que no posee, y avengonzada de su miseria, rebusca en su mente un medio de salir de ella, para adquirir aquellas galas que roban su calma. Y hoy admite un ramo, mañana un traje, después un aderezo y sucesivamente mil mil regalos que no pide, pero que con una mirada, con un suspiro hace comprender que será feliz en poseerlos y así va comprometiendo su decoro.

Estos presentes van ofrecidos de una manera tan exquisita, con una malicia refinada que ella en su inexperiencia no puede comprender, pero llega un día en que se vé obligada á corresponder á tales finezas, y careciendo de recursos materiales é intelectuales, cae cual la mariposa al calor de la llama, como el avecilla atraída por el aliento sutil de venenosa serpiente.

La principal causa de tantos males es la ignorancia. Los padres de familia son los que deben oponerles barreras inviolables, acostumbrando á sus hijos desde edad temprana á buscar en el trabajo los medios de atender á su subsistencia, aun cuando la fortuna les sonría, porque las únicas riquezas imperecederas son las virtudes.

Mientras exista entre las familias pobres la costumbre de lucir lo que no pueden adquirir con su trabajo, es natural que prevalezcan los males, que por lo antiguo, están arraigados y es necesario una voluntad firme y que nos ayudemos mutuamente para que desaparezcan.

SIMPLICIA ARMSTRONG DE RAMÚ.

Mayo 28 de 1883.

LA LLUVIA.

¡Oh! rocío bendito, que descienes de lo que llamamos, cielo, y que como de tal parte eres mirado por el pobre labriego que henchido de júbico te contempla, porque tu aseguras su pan para mañana y sin tí crecerían mustias, pobres y marchitas las doradas espigas!

¡Oh! dulce y benéfico rocío, sin el cual no existiría el verde césped que adorna y embellece la parte inculta de los campos, y que haciendo descargar á la atmósfera purifica su ambiente! Dime ¿qué se encierra en tí que haces latir también mi corazón henchido de júbilo á impulso, no de interesadas miras, mas si de un sentimiento noble, puro, dulce, inefable y celestial placer?

Hay almas que contemplan á Dios en la humilde florecilla que crece en la orilla del río; en el canto de las aves, en el mar, y á través de la tibia luz de los crepúsculos. Yo lo he buscado también en medio de días risueños y primaverales y á impulso de cualquiera de estas contemplaciones; pero mis ojos se han dirigido á las alturas en su busca lánguida y tristemente. Entónces como agoviado viajero que busca un lugar retirado donde hallar el reposo de que se halla necesitado su cansado cuerpo; yo, pobre viajera agoviada del peso de mi existencia, he buscado una ladera ó un peñasco donde descansar también, entregándome á la meditación y he comprendido á Dios; pero no lo he visto, no lo he sentido, no lo he tocado.

¡No así á través de tí, rocío bendito que descienes del cielo para las gentes sencillas é ignorantes, y para mí también!—¡Ah! A través de tí, yo le veo: yo me acerco á El; yo toco su nítido y trasparente manto, y veo el áureo y refulgente trono desde donde rige los mundos!.....

Era yo muy niña..... ¡como lo recuerdo hoy!..... Lánguida y triste se deslizaba mi existencia siéndome indiferente cuanto me sentia á mi alrededor y sin que jamás se me ocurrieran una de esas graciosas travesuras tan peculiares en los niños. Los gatitos podian dormir tranquilos en los helados inviernos junto á la chimenea, y el can podia descansar tranquilo tambien seguro que á mi no se me ocurriria enrollarle una cuerda al cuello ni ponerle una carga como hacian mis hermanitos diciéndole: «¡Arre Burro!»

Tampoco se me ocurría nunca al escuchar el canto de los ciegos y los italianos que afluan al lugar de mi cuna con sus arpas y violines, escaparme del hogar doméstico y correr tras de ellos como mis hermanos hacian. Parecia una estatua inanimada y nada absolutamente nada era capaz de turbar mi impasibilidad. Solamente habia una cosa, por la que ésta se alteraba de tiempo en tiempo; era por la lluvia. Su contemplacion hacia palpitar henchido de júbilo á mi tierno é inanimado corazoncito, y mi vida parecia que adquiria mas vida. Era necesario tener en esos dias mucho cuidado con la «niña», porque ésta con una sagacidad de que nadie la hubiese creido capaz, cogia un paraguas, y ligera como una flecha se deslizaba sin volver la vista atrás, hasta estar segura que no era vista, y entonces serena y magestuosa proseguia su marcha, muy satisfecha de aquel espectáculo y de si misma.

¡Cuántas veces he recordado esto, que yo juzgaba despues una manomania de mi infancia, riéndome de mi misma y diciendo: «¡Qué tonterias se nos ponen cuando pequeños!».

Esta mañana he sentido una fuerte lluvia que azotaba los cristales de mi ventana acompañado del estrepitoso y para mi armónico y delicioso ruido que hace al caer el agua que vierten las canales, y por un momento han hecho saltar de júbilo á mi pobre corazon: á este viejo decrépito que ya puede decirse que yace inanimado; he sentido despues un deseo parecido á aquellos que provocaban en mí, la lluvia en mi niñez; y despues me he puesto triste y meditabunda, porque me he sentido poseida de un algo extraño, y he creido comprender el por qué de aquella infantil alegría, despues calificada de estravagancia.

Es que tanto el sér civilizado como el incivilizado. tienen momentos supremos en que levantan sus ojos instintivamente y se sienten poseidos de un algo grande y extraordinario que les hace á unos elevar místicas oraciones, y á otros lanzar guturales é inarticulados sonidos. ¡Ese algo que los envuelve y los eleva y engrandece, es la esencia que se desprende del Supremo Sér!...

¡Bendito seas pues rocío del cielo! ¡Si: yo te bendigo porque tu solo haces latir á mi corazon, y porque envueltos en tí, descienden á mi, esos séres invisibles y misteriosos que vienen á hablarnos de Dios!!!...

INVISIBLE.

Granada Diciembre 1883.

El artículo que copiamos á continuacion, revela la asistencia que en ciertos momentos nos conceden los espíritus, y las reminiscencias de nuestro pasado que toman vida en las crisis supremas que sufre el hombre en la tierra.

El alma está íntimamente enlazada con su ayer, y protegida por esos amigos invisibles que nos impulsan al heroismo.

UNA MUJER VARONIL.

Hallándome de visita en casa de la Sra. de N., versó la conversacion sobre modas y por último sobre viajes. Al llegar á este punto supliqué á mi amiga me relata- ra algun episodio, alguna anécdota, y ella fué complaciente amenizando nuestra conversacion con el relato que sigue:

En uno de mis paseos en París, fui á visitar un museo de pinturas; me fijé en un cuadro que representaba un naufragio y ví que su autora era una mujer llamada Lady Monfort. Me puse á examinarle, mas por curiosidad que por juzgarlo, pues

sabes que no soy muy hábil en ese arte, cuando entablé relaciones con una señora que estaba á corta distancia, acompañada de un caballero.

—¿Quiere V. saber la historia del buque que representa ese cuadro?

Estas palabras me causaron extrañeza; sin embargo, la supliqué me dijera donde la podia oír: contestóme invitándome á pasar á su casa y en ella me refirió lo siguiente:

—«Nací en la populosa ciudad de Lóndres. La mayor parte de mi infancia la pasé en Nápoles donde recibí una parte de mi educacion; despues mi padre me trajo á París para concluir los estudios, pero una fuerte enfermedad me hizo regresar pronto con él á Nápoles, donde me dejó para volver aquí en mejor ocasion. Poco tiempo despues tuve noticia de que el autor de mis dias habia perecido en un naufragio, y me vi en la necesidad de trasladarme á esta ciudad para recibir los bienes que me dejara.

Durante ese viaje y al atravesar el golfo de Nápoles, se conspiran contra nosotros los vientos desencadenados. ¡Qué horrorosa es una tempestad en alta mar! Rompióse el palo mayor del vapor donde iba, hiriendo gravemente al segundo de esa embarcacion y á varios marineros: los pasajeros estaban en la mayor confusion. No se oia mas que los gritos de pavor y de misericordia al Altísimo. Todo era horror en torno mio. Yo permanecia triste, meditabunda, con el corazon en la mano como diria un novelista, pensando en mi última hora sin un sér querido á quien acercarme en aquellos momentos terribles.

Mi padre habia sido marino, capitan de un buque mercante inglés; yo viajaba con él por ser el único vástago de su familia, y ya estaba acostumbrado á los furios del mar; comprendia algunas maniobras que me habia enseñado, pues él pensaba, al llegar á París, ponerme á estudiar náutica: este era su sueño dorado.

Cuando principió la tempestad pedí al capitan que me permitiera subir á cubierta, pues como estaba acostumbrada á navegar no me causaban miedo las tempestades, y para en caso de naufragio procurar salvarme en las primeras chalupas que salieran. El capitan accedió á mi súplica retenéndome á su lado para atenderme en caso preciso. Cuando mandó ejecutar una maniobra, cayó el palo segundo quedando heridos cuatro marineros y entonces dió aquel un grito de horror, diciendo: «¡estamos perdidos!»

A esta exclamacion todos quedaron consternados. En ese instante y como si un poder sobrenatural me guiase, grité:

—Capitan, ocupad el puesto del segundo y haced que mis órdenes se obedezcan.

El capitan volvió en sí al oirme hablar, y creyéndome loca, añadió:

—Ya estamos perdidos.....¿qué nos queda por hacer? Os encargareis del timon, pero sabed que nada nos salvará.

—¡Quien sabe! le respondí.

El capitan me miró un momento con asombro teniendo el cabello erizado, los ojos fuera de sus órbitas, el rostro demudado y dijome:

—Estais fuera de juicio.

—Capitan, dejaos guiar por mí y os salvaré.

Cojí el timon y dispuse maniobras á mi arbitrio arriesgando el todo por el todo. Despues de sostener una continua lucha con el embravecido mar, cayó herido el capitan. Yo me sobrecojí de terror al verme sola en las maniobras, sin saber si los pocos marineros que quedaban me obedecerian.

Cuando ya estaba próxima á caer desfallecida por el cansancio y la fatiga, oigo á los marineros gritar: ¡tierra! ¡tierra! ¡estamos salvos!

En ese momento volvió el capitan en sí y arrastrándose como pudo, se me acercó postrándose de hinojos á mis piés, y volviendo á caer desmayado por la mucha sangre que brotaba de su herida.

Entónces amanecia: hice echar anclas y consultando con un rico Lord que iba á nuestro bordo, dispuse que en las chalupas que nos quedaban fuesen á pedir auxilio al cercano puerto. Llegaron estos y una feliz casualidad hizo que al cabo de algunas horas fuésemos socorridos por un buque que se dirigia á un puerto de Inglaterra, adonde fuimos conducidos.

Al llegar á Lóndres tuve una terrible enfermedad de resultas de lo mucho que

sufrió á bordo. Cuando recobré el conocimiento, encontré á mi lado al Lord y al celoso capitán del vapor á quien en pocas palabras le demostré mi agradecimiento.

Después que me restablecí estuvo á verme el rico Lord para pedir mi mano, pero yo no pensaba en contraer matrimonio, pues mi ideal era ir á París á tomar posesión de mis bienes y hacer enarbolar uno de los buques que me dejara mi padre para dar una vuelta por el mundo. Luego medité, diciéndome: ¿que haré sola, á quien dejaré mis bienes cuando fallezca? Vale más que acepte la proposición de ese Lord.

Al cabo de dos meses contraí matrimonio con él. En mis ratos de ocio pinté aquel cuadro que V. vió, el cual ha dejado en mí recuerdos que jamás olvidaré: él constituye, digámoslo así, la epopeya de mi vida. El caballero que me acompañaba es el Lord, es el marido que hace felices los días de mi existencia»

J. E.

Ponce.



Del presidio de Melilla, nos remite su autor el artículo que insertamos á continuación, dulce y melancólico, escrito expresamente para LA LUZ, que siempre acogerá con inmenso júbilo todas las producciones de aquellos que en medio de la sombra comienzan su rehabilitación.

EL DIA DE REYES.

(RECUERDOS DE LA INFANCIA.)

La acepción del verbo recordar, no se concreta simplemente á traer á la memoria el pasado, sino á reproducir con vivo colorido las imágenes destacadas en la cámara recóndita de la imaginación, y al girar esa mirada retrospectiva verificar comparativo y minucioso análisis de las situaciones y de los acontecimientos cuya huella no pudo borrar el tiempo con su férrea mano; es en una palabra el paralelo de las etapas de la vida llamado á despertar en el alma decepciones olvidadas, entusiasmos marchitos, esperanzas frustradas, cariño, amistad, ingratitud, amor, é inconsecuencia, un mundo en fin de sensaciones contrarias.

Precisamente por eso recordamos algunos seres con verdadero sentimiento al pensar en nuestro pasado, cuyo horizonte brillante ó al menos sonriente, saturado por embriagador perfume deleitó nuestra fantasía y encantaba nuestros ojos, para más tarde metamorfosearse y ceder su puesto á negra y vagarosa nube que envuelve nuestra existencia quizá para siempre. ¡Cuán inmenso es el dolor concentrado en nuestro corazón presagio del horrible *hoy* y ante la idea de un *mañana* quizá más borrascoso! ¡Cuánto nos atormentan los recuerdos del venturoso *ayer*! Solo se presenta agradable á nuestra vista el encantador conjunto de la alegre y dichosa primavera de la vida cuyos goces inocentes nunca empañaron las lágrimas ni el dolor. Concretémonos pues á buscar en las impresiones de aquellos felices tiempos consuelo á nuestro sufrir, ó al menos armisticio á las luchas internas del espíritu.

Nunca resplandecen con tanta magnitud los halagos del amor materno, como el revestirse de mágicas formas propias al fascinamiento de imaginaciones juveniles; fijad una mirada en la tierna madre dedicada á fraguar los proyectos de recepción á los legendarios Reyes, para obligarles á través de su fineza, siquiera por gratitud, que obsequien con suntuosas dádivas la querida prole, resúmen de todos sus encantos, y de seguro la encontrareis inundada de alegría, radiante de hermosura: sorprended sinó á los ángeles del hogar en la transgresión del dulce sueño velado por célicas visiones, á la vida real de su cándida inocencia y les vereis alegres, bulliciosos, sorprendidos y satisfechos, contemplando los ordenados objetos que una mano previsora cuanto desconocida, ha colocado á su alcance para satisfacer la pureza de infantiles ambiciones en justo premio á sus caricias seductoras, y sin duda alguna concedereis á tan risueño cuadro toda la importancia que reclama la afección de sus protagonistas, mas si por ende fuereis tan escépticos que rehusareis examinar tan elocuentes

ideales, sirvaos al menos de norma el recuerdo de vuestro despertar del día de Reyes, en cuyos momentos, la madre adorada agotó los recursos de su ingenio para proporcionaros el colmo de la felicidad relativa, y seguramente direis conmigo: ¡Qué buena eres madre mía!

Este pensamiento tortura por demás la imaginación á los que hemos perdido tan preciado tesoro, y hé ahí porque no hallamos la anhelada panacea ni en los cumplimientos oficiales, ni en el espumoso Champagne que otras veces enardeció nuestro cerebro; nuestras emociones son asáz violentas y solo pueden ahogarlas raudales de cariño.

AGUSTIN IGLESIAS IBAÑEZ.

Melilla—1—12—84.

Recomendamos á nuestras lectoras al bellissimo soneto que insertamos á continuación.

LO QUE YO QUISIERA SER.

Quisiera ser la gota de rocío
Que bebe la paloma en el hoyuelo;
Quisiera ser la luz y desde el cielo
Bajar al calabozo mas sombrío.
Quisiera ser el pan y darme pío
Al pobre que le aguarda con anhelo;
Quisiera ser el vino y dar consuelo

Al ancianito trémulo de frío.
Quisiera ser el ángel y sonriendo
Llevar al bien, en alas de oro y rosa,
Los mundos que doquier estén sufriendo;
Quisiera ser la Redencion hermosa,
Y morir, abrasada el alma, siendo
Dios la lámpara y yo... la mariposa!

SALVADOR SELLÉS.

Madrid.

COMUNICACION.

Dios es prudente padre que nada dá sin que sea merecido. Dios es justo, para que la pobreza la reciba el que la tiene, como una prueba ó un castigo por sus culpas. Dios no abandona al que en él confia. Dios prueba para premiar con largueza á los que en la virtud se acrisolan. Dios ayuda al que para cada buena obra que hace le implora. Dios paga las buenas obras, con raudales de dicha. Dios es misericordioso con todo el que de sus culpas se arrepiente. Dios pide solo amor á cambio de sus beneficios. Dios hace mas en un instante para todos sus hijos, que puede hacer el padre mas amoroso para todos los suyos en una larga vida. Dios concede cuanto con fé en El se le pide: procura tener siempre presentes estas pocas instrucciones sobre algunos de los atributos que constituyen la esencia de Dios.

VICTOR.

14 Julio 1883.

PENSAMIENTOS

Desgraciado del hombre que, por un momento de placer en esta vida, deja perder, para la otra, la dicha de una eternidad.

—El hombre que de jóven gasta todos sus bienes en crápulas y orgías, sin acordarse que hay séres que se mueren de hambre y frio, y deja para la vejez el ser útil á sus semejantes; Dios en la otra vida, le reservará la dicha, para cuando su espíritu sea tambien muy viejo.

—El hombre que desea ser libre, no debe esperar la libertad de las leyes que dicto su nacion, sino, de sí mismo, haciendo uso ántes del deber, que del derecho.

—Mas vale perder un pleito, con la verdad, que ganarlo sin ella.

—El timon guia al buque, y la mujer al hombre: al primero lo sugetan las anclas y al segundo los hijos.

—El hombre habla mal algunas veces de la mujer, porque no puede imitar las virtudes de esta.

—La ciencia Médica, suele curar las enfermedades del cuerpo; el Espiritismo, las de el alma.—L. N. G.